

Malgrat havernos promés l'Eugeni Noel l'exclusiva pera la publicació d'aquest article, l'hem vist insertat, am la consegüent sorpresa, a « España Nueva » de Madrid. No obstant, hem decidit publicarlo en compliment de la promesa feta als nostres lectors.

Una visita á la tumba de Ferrer

Quiero amaros.
Quiero cantaros
cada día un himno santo.
Y en la gloria,
cuando muera,
serafines me ayudarán.

(Epitafio en la tumba de Mosén Jacinto Verdaguer).

Hace mucho frío. El Monjuich parece una Acrópolis. Por una de sus pendientes las casas ascienden: son barrios sucios, cubiertos de un polvillo muy fino, negro. Muchas y altas chimeneas. El mar huye del monte maldito, áspero, cuyas entrañas surten de piedras á las casas de la gran ciudad. En efecto, huyendo por las faldas de la montaña, contemplo enormes vaciados, semejantes á las minas del aire libre. Hay allá un restaurant; trepo á la colina en que se alza y veo el plano del inmenso puerto. Lejos de los diques, pedruscos emergiendo de las aguas marcan las futuras dársenas; las rompientes se estrellan en ellos, y las dunas, las marismas, las playas crecen. El monte odiado se aísla cada vez más, es una verruga en el frondoso llano del Llobregat; se aprovecha porque estorba, y el cementerio se comerá el castillo. Ando despacio en torno del monte; el musgo crece en las grietas bermejas. Arriba, unos muros caen á pico sobre la montaña y cierta torre se yergue como un faro. Está por allí el foso de Santa Amalía. En él fusilaron á cuatro hombres terribles, que indudablemente cometieron crímenes atroces cuando los fusilaron. Nosotros sabemos, y no olvidaremos nunca, que se llamaban Baró, Hoyos, Malet y Clemente García. Aún había sangre de este hombre en el foso cuando fusilaron á Ferrer. Veintitrés hombres dijeron en el Parlamento que ignoraban cuál fuera el crimen de estos ajusticiados; pero ciento setenta y nueve afirmaron lo contrario, y es indudable que el número es una de las fuentes del Derecho. Creo ver otra torrecilla, barbancas y troneras; recuerdo las «Prisiones imaginarias», de Corominas, y me estremezco. Este monte es una llaga, y las úlceras arrojan pus. Las piedras están manchadas de él, tiene vetas de color de sangre, estrías que parecen verdugones, manchas pálidas del color de los cardenales. De trecho en trecho, una sima, una hondonada, y en su interior, la característica trama de las piedras voladas con dinamita. El llano del Llobregat se extiende, y, cerca del mar, la carretera y el ferrocarril cruzan praderas muy verdes.

El monte forma como una arista dentada, obtusa, que, al echarse atrás, aplasta uno de los flancos, lo abolla. En esta cuenca trepan las tapias del cementerio. Por un efecto de perspectiva, el castillo, mirado desde aquí, parece un panteón. Dan á la carretera unos paredones, por cuyo terradillo se desbordan las madre selvas. Escalonándose veo grandes lienzos de pared, cubiertos de nichos. El cono legendario de los cipreses poetiza la vasta gradería. Entre ellos surgen, afiladas, esbeltísimas, muchas agujas góticas, y á veces cúpulas bizantinas. Cerca de las tapias se remueve la tierra y se alzan andamios. Suena un esquilón lúgubrememente. Me detengo con frecuencia para observar las rampas abiertas en la roca viva, bordeadas de criptas, de grutas, de nichos, sumamente artísticos. Árboles de todas clases mienten jardines colgados, como los de Babilonia. Semeja el monte por aquel sitio de la «Isla de los muertos», de Boecklin, copiada á trozos. La blancura del mármol; el fulgor del jaspe, del ónice; la brava silueta de piedra roja sin desbastar; los sauces, las araucarias, los macizos floridos sobre las fosas comunes, los tejadillos de vidriería, las cimbras orladas de azulejos; los monumentos funerarios, grandes como edificios urbanos, colosales otros como iglesias, me asombran. Es un cementerio digno de Génova y de Hamburgo. Llego á una plazuela enarenada, y leo en la cartela de un ástil: «Plaza del descanso». Hay dos grandes puertas muy historiadas y aristocráticas. La de mi derecha da entrada al cementerio católico: es una calle en curva, con regatos para las aguas, árboles y tumbas grandiosas. La del cementerio civil revela descuido; no se allanó por allí el terreno y el desnivel forma empinados pasadizos y enrucijadas; hay tumbas en rincones y sepulcros en ángulos donde debiera haber bancos. Las calles, en esta, tienen nombres simbólicos y pretenciosos. Se asciende sin fatiga tramo á tramo. El cielo es muy azul, y la roca está cubierta por tapices de hierba, de hiedra, de helechos y de musgo. En el cruce de dos escaleras leo: «Departamento de abortos.» Son nichos sin nombre, almas fugaces que equivocaron su destino. En una plaza cierto trípico de piedras ricas y columnas, trae á mis ojos

esta inscripción: «Nacer, morir y renacer. Progresar siempre. Es la ley. Amó, sufrió, elevóse. Nos espera.» Veo una especie de tumba galilea, como las que hay cerca de Jerusalén. Otra cuya última encarnación fué el nombre burilado en la piedra. Los nichos tienen, como en todos los cementerios del mundo, retratos, flores y pequeñas páteras ó tazas. Empotrada en la piedra, una fuente pone en el ambiente una nota de melancolía dulcísima, que se hace lóbrega al leer en pasquín que aquella agua es mala. Lss escaleras portátiles menudean. Subo lentamente, buscando la tumba de Ferrer, seguido de algunos jovencitos republicanos.

En un repecho me señalan una tapia, y me dicen que detrás de ella está el sepulcro del fundador de la Escuela Moderna. De una garita situada sobre una pared de mampostería desciende al vernos un guarda, vestido de negro, con un cinturón blanco. El paisaje es muy bello, y contemplo la vega del Llobregat cercada de montes azules, las costas de Garraf, las montañas de San Ramón Nonnato y San Baudilio, Castelldefels, San Antonio, las estribaciones del Panadés y San Pedro Mártir. Las praderas se suceden hasta las montañas, con sus tonalidades campesinas, con los infinitos matices de los variados cultivos. Trepida el ferrocarril. Se oyen sirenas de barcos y de fábricas, ruidos de atalajes de carros, picados de cornetas. El viento de marzo corta la cara y silba en los oídos. Llevo un lápiz en la mano para sacar un croquis de la tumba de Ferrer, y cuando desciendo por la rampa, dirigido por los jóvenes, quedo atónito, frío, dudoso de mí mismo. Los jóvenes se alejan, me abandonan á mi inspección; yo busco en derredor un sepulcro, un mausoleo, una tumba; pero yo veo muchas estacas rematadas en triángulo, y nada más. Un hoyo, un pedazo de tierra honda, de tierra arenisca, sin arreglar, en un rincón, á cielo abierto; y en uno de los tres ángulos, en un sencillo recodo aprovechado sin más miramientos, bajo la tierra cruda cubierta de papeles sucios y briznas de hierba enana, está la tumba de Ferrer, el hombre que conmovió á Europa, cuyo nombre tantas calles de Europa tienen, cuyas estatuas se alzan en Europa como desagravio á su muerte, en cuya defensa tantos libros, discursos y artículos se escribieron. Mi asombro es intenso. En la pared hay un triángulo de laurel que fué verde, otro de púrpura marchita con un lazo verdoso, dos viejas coronas podridas, mugrientas, secas, con lazos secos, una de cuyas puntas se tiende sobre la arista del paredón que como una valla separa la triste fosa común del cementerio. Metidos en la tierra sin apisonar surgen ramos de algo que fueron flores y se agostaron y no se renovaron por el recuerdo; triángulos sobre palos, coronas de pelusa que encierran retratos. Uno de ellos tiene á sus pies un búcaro azul sujeto con un bramante, y un trapajo hediendo cuelga del simbólico vértice. Diez son estos restos, esparcidos por allí miserablemente. Los jóvenes se acercan y me hablan de los que allí descansan entre la general indiferencia, odiados después de muertos. Son luchadores de ideas, que purgaron sus pretendidos errores con martirios más viles que esas equivocaciones tuyas, si equivocaciones fueron ideales sustentados hasta el sacrificio de la propia persona. Pero Ferrer atrae mi vista, mi alma. El Destino quiso hacer de él, con razón ó sin ella, un hombre simbólico. Europa le colocó en el número de los mártires del libre pensamiento. Los sabios mismos intercedieron por él. Sobre todo, ¿no fué nuestro partido quien hizo de la defensa de este hombre cuestión de vida? ¿Y por qué lo abandona así? ¿Por qué lo deja aquí, bajo esta tierra movediza y fría, en un rincón, entre un desmonte y una pared? Este hombre, que tiene estatuas, que hizo hablar de él un año al mundo, que perteneció á nuestro partido, por el cual se sacrificó, ¿cómo es que ha sido olvidado, relegado, abandonado su cadáver como el de un perro? A los pies de la tumba, en un cuadro de aspecto sórdido, leo estas palabras: «Querido hermano, querido tío. Un anciano, un niño, una niña, sangre de tu sangre, se acercan á tu sepulcro, manifestando el amor que te profesaron y ofreciéndole en tu nombre á la Humanidad, que quieren amar con la intensidad, con el espíritu de sacrificio con que tú la amaste. Como tú querías, quieren para ella paz, justicia, felicidad. Ante tu tumba pronuncian la sublime palabra: Libertad.—José Ferrer, José Ferrer y Alba Ferrer.» Un ramo de mucho tiempo adorna este cuadro. Faltan palabras para describir la amargura, la soledad, la injusticia de este espectáculo. ¿Qué republicanismismo es el nuestro que olvida á los luchadores y los abandona así? ¿Qué concepto del sacrificio tenemos, cuando no cuidamos la tumba de estos hombres que se entregan á su idea hasta morir por ella? ¿No es una especie de justificación de la muerte de este hombre, el descuido, el abandono en que le tenemos? ¿Con qué derecho ponemos en nuestros labios su nombre ó su martirio, si el último homenaje de tres miserables coronas, está seco ya, marchito y mugriento?

Me voy de allí, escapo, huyo. Entro en el cementerio católico, busco tumbas, sepulcros ricos, lujosos panteones: quiero olvidar la tumba de Ferrer, aquel corral abyecto, en el que sólo faltan cardos y ortigas y perros vagabundos. Me apoyo en la barra de hierro forjado del panteón de Mosén Cinto, y leo sus versos. Contemplo la escultura del hombre que labra su tumba, y salgo del cementerio irritado, rabioso contra ese partido mío que olvida, que no tiene memoria, que abandona á los suyos, que pide sacrificios y no los conserva como reliquias, que ofrece á Europa el espectáculo de la tumba de Ferrer, que anda dividido, convulso, á escondidas, pobre, charlatán, comido por la tiña de la palabrería hueca y barata. Vuelvo á ver el castillo. Casi es de noche. Y me consuela de mi pena el saber que el inmenso cementerio devorará la infame fortaleza.

EUGENIO NOEL.